

tra Mr. Lincoln, ni que éste hubiese ofendido en lo más mínimo á sus implacables enemigos; por lo visto, el único crimen del Presidente consistía en ser el jefe del partido que combatía la esclavitud.

Casi en el mismo momento en que Booth entraba en el teatro, un desconocido, llamado, según se supo luego, Lewis Payne Powell, hijo de un sacerdote de la Florida, se presentaba en la casa del Secretario Mr. Seward, que se hallaba en cama herido de gravedad á consecuencia de una caída de su carruaje, cuyos caballos se habían desbocado pocos días antes. El portero trató de oponerse á que subiera el desconocido, quien dijo que iba á ver á Mr. Seward de parte del Dr. Verdi, pero Payne se lanzó escalera arriba, llegó á la puerta de la habitación, y al ver que un joven, que era el hijo del Secretario, trataba de impedirle la entrada, sacó una pistola, y con la culata dió dos ó tres golpes en la cabeza á su adversario, tendiéndole sin sentido á sus piés. Al oír aquel ruido salió inmediatamente de su cuarto la hija de Mr. Seward, pero el asesino, sin detenerse un momento, acercóse á la cama, y con un cuchillo hirió dos ó tres veces al Secretario, quien conociendo instintivamente que se trataba de asesinarle, se incorporó para oponer la mayor resistencia posible, si bien no podía ser mucha, porque Mr. Seward tenía un brazo roto y la mandíbula fracturada á consecuencia de la caída. Las heridas que el asesino infirió á su víctima en el rostro eran graves, pero no mortales, y antes de que tuviera tiempo de asestar un cuarto golpe, un inválido llamado Robinson, que hacía las veces de enfermero, detuvo el brazo del asesino, aunque no sin que este le hiriera también con su cuchillo. La hija de Mr. Seward se había asomado á la ventana, pidiendo auxilio con voz angustiada, y entonces Payne, conociendo que los momentos eran preciosos, hizo un poderoso esfuerzo para librarse de Robinson, que le tenía sujeto, y pudo ganar la escalera. En aquel momento subía precipitadamente el mayor Augusto Seward, otro hijo del Secretario, y como tratase de cerrar el paso á Payne, este le hirió con su daga; Mr. Hamell, que venía detrás y que también quiso detenerle, sufrió la misma suerte, y de este modo el asesino pudo llegar á la calle, montó en el caballo que había dejado á la puerta, y desapareció á los pocos instantes.

No quedó impune el crimen de Booth; desde Maryland, donde había tratado de ocultarse

primero, el asesino huyó á Virginia, y refugióse en un lugar llamado Bowling Green, en el condado de Carolina, pero allí le alcanzó el 26 de abril un piquete de caballería que iba en su persecución. Acompañábale un tal Harrold, complicado en la conspiración, y no pudiendo ni uno ni otro seguir adelante, escondiéronse en una granja. Los soldados la rodearon, é intimóse á los fugitivos que se rindieran; Harrold se entregó al punto, pero Booth, que se había dañado la pierna al saltar desde el palco del Presidente, trató de parlamentar con sus perseguidores, y dirigiéndose al oficial le dijo: «Capitan, déjeme usted una probabilidad de huir; me batiré con todos sus soldados uno por uno, y si los venzo, que se me permita ponerme en salvo. Yo he podido matarle á usted esta noche, pues más de seis veces se ha presentado la ocasión para ello; pero no he querido, porque me pareció que era usted un valiente.» El oficial le intimó por segunda vez la rendición, y como aún se resistiera, dió orden de prender fuego á la granja. Al resplandor de las llamas, vióse aún á Booth, que armado de una carabina, seguía amenazando á sus perseguidores, resuelto á defenderse hasta el último trance. Entonces un soldado le disparó un tiro, y Booth cayó herido mortalmente. Algunas horas después, poco antes de morir, dijo á los que le rodeaban: «Decid á mi madre que muero por mi país, y que he creído hacerle un bien.» Después, levantando las manos, exclamó con acento de angustia: «¡Inútil, inútil!» A medida que la pasión de su alma iba calmándose por la serenidad de la muerte, aquel hombre, extraviado por una falsa idea de patriotismo, por inaplicables ejemplos tomados de la historia romana, y por un exagerado sentimentalismo, comprendía la verdad desnuda, comprendía que acababa de cometer un asesinato y que él perdía su vida, sin que todo esto produjera ningún buen resultado, ni aún bajo su punto de vista.

No se puede negar que Booth era un hombre de conciencia, y que no faltándole generosidad, deseaba hacer lo que él creía justo. Una carta escrita por él poco tiempo antes á un cuñado suyo, demostraba que Booth creía realmente que la política del presidente Lincoln era fatal á la República, y que consideraba como un deber hacer justicia. «¡Pobre país! decía, con su estilo trágico. ¿Es posible que esté condenado á tan triste suerte? Cuatro años hace hubiera dado mil vidas por verle como siempre le conocí, poderoso y unido, y aún ahora

renunciaria á cuanto poseyera para verle feliz. ¡Oh amigos míos! si las sangrientas escenas de estos últimos cuatro años no hubiesen ocurrido, ó sólo hubieran sido un espantoso sueño del cual pudiéramos despertar, ¡con qué alegría ensalzaríamos al Todopoderoso! Nadie sabe hasta qué punto he amado la antigua bandera; hasta hace pocos años, ninguna nación del mundo podía enorgullecerse de tenerla más pura; pero últimamente sólo ha servido de emblema y escudo para que á su sombra se cometiese la más espantosa matanza. ¡Cuántas veces he deseado verla salir de esa niebla de sangre y de muerte que rodeaba sus pliegues, destruyendo su belleza y empañando su gloria! Pero no, un día y otro la han arrastrado por el fango en medio de la crueldad y de la opresión, hasta que ahora sus brillantes rayas rojas parecen líneas de sangre en la superficie del cielo; y no puedo ménos de recordar cuánto admiraba yo antes sus glorias. Yo amo al Sur, y sólo al Sur, y por eso no juzgo una deshonra apoderarme del hombre que ocasiona todos sus males para retenerle prisionero.» De esta carta se deduciría que la primera intención de Booth no era asesinar al Presidente, sino apoderarse de él para tenerle cautivo.

Las honras fúnebres del desgraciado Lincoln, tan querido de todos los ciudadanos, y á quien un asesinato había privado de la existencia, precisamente cuando el triunfo venía á coronar sus esfuerzos; y la causa formada á Payne y á varios de sus cómplices por el consejo de guerra, que condenó á la horca á cuatro de ellos, son otros tantos asuntos que pasaremos por alto, por ser demasiado conocidos. Lo que no dejaremos de consignar es que el asesinato de Mr. Lincoln levantó un grito de indignación en todo el país, porque todos sabían muy bien que su querido Presidente era un hombre severo, sí, pero de reconocida rectitud y de nobles sentimientos. Desde un principio se mantuvo inflexible con los partidarios de la rebelión, pero estaba resuelto á mostrarse magnánimo con ellos tan pronto como se hubiese restablecido la autoridad nacional, y así lo dió á entender en el manifiesto que leyó dos días antes de su muerte. Como era natural, el crimen de Booth excitó un ardiente deseo de venganza fácil de comprender, y muy pronto quedó satisfecha la vindicta pública. El espantoso crimen produjo honda sensación en Inglaterra, donde los críticos de Lincoln comprendieron al fin que no habían sido justos en sus apreciaciones respecto al ma-

logrado Presidente, que no habían reconocido sus nobles cualidades y sus virtudes; y que sus errores, muchos de los cuales fueron inevitables en las difíciles circunstancias porque atravesaba, se habían censurado con demasiada severidad. Su sagacidad y energía, su celo en el cumplimiento de los deberes que le estaban encomendados, y su magnanimidad en medio de las violentas pasiones que exasperaban los ánimos, eran propios de un grande hombre, y debían apreciarse en su verdadero valor. Hasta la misma Reina escribió de su puño y letra una carta á la viuda de Lincoln, dándole el pésame por la pérdida que acababa de sufrir. Un testigo ocular, refiriéndose al efecto que produjo en Washington la trágica muerte de Lincoln, se expresaba así:

«Todo era consternación y lamentos; sobre toda la ciudad parecía haberse extendido un velo fúnebre; y nunca se había manifestado tan públicamente el sentimiento del dolor; algunos hombres lloraban, corriendo de un punto á otro, cual si hubiesen perdido algún pariente; y las mujeres, con sus niños en brazos, sollozaban á las puertas de sus casas. Por una común simpatía todas las familias pusieron en sus balcones colgaduras negras; lo mismo se hizo en los edificios públicos; y así es que muy pronto toda la ciudad se cubrió de luto.»

En los primeros momentos ocurrió un incidente conmovedor: Mr. Seward, que estaba en cama herido á consecuencia de su caída del carruaje, no tenía aún noticia de la desgracia que acababa de sembrar el luto en todas partes, pues los médicos creyeron que estaba demasiado débil para resistir la impresión que le hubiera producido. Al día siguiente, que era fiesta, Mr. Seward quiso que colocasen su cama de modo que pudiera ver las cimas de los árboles de un parque que había enfrente, y que comenzaban á revestir su follaje de primavera. De pronto su vista se fijó en la bandera nacional, que estaba á media asta en un edificio público, y después de contemplarla algunos momentos, volvióse hácia su criado y le dijo: «¡El Presidente ha muerto!» El fiel servidor quiso negar, pero el Secretario de Estado, que no podía engañarse, añadió: «Si el Presidente estuviese vivo, habría sido el primero en venir á verme; pero no ha estado aquí, ni tampoco ha enviado á preguntar cómo sigo. Además, la bandera está á media asta, y conozco que no me engaño.» Pronunciadas estas palabras, algunas lágrimas surcaron las mejillas de Mr. Seward y guardó profundo silencio.

En cuanto á los negros, que consideraban á Lincoln como á su padre, fácil es comprender cuál sería su desesperacion.

Algunos habian manifestado el deseo de que los restos mortales de Lincoln fueran enterrados en Washington; pero como el pueblo de Illinois reclamó con mucha insistencia el derecho de darles sepultura, se atendió á su peti-

cion. En su consecuencia, despues de efectuarse las debidas ceremonias, en un día consagrado particularmente en todo el país al servicio religioso en honor del ilustre finado, el cadáver fué conducido á un tren especial, y trasladado lentamente, con fúnebre pompa, al Estado de Illinois.

Y allí, en uno de los cementerios de Spring-



Mac Pherson, general del ejército de la Union

field, cerca del lugar donde Abraham Lincoln pasó los días más felices de su vida, donde alcanzó sus primeros triunfos, y donde habitaban los que mejor le conocieron y amaron, hállase un sepulcro solitario al que los sauces prestan dulce sombra, y en el cual reposa en el eterno sueño de la muerte el hombre virtuoso y esclarecido ciudadano, cuyo recuerdo venerarán las futuras generaciones.

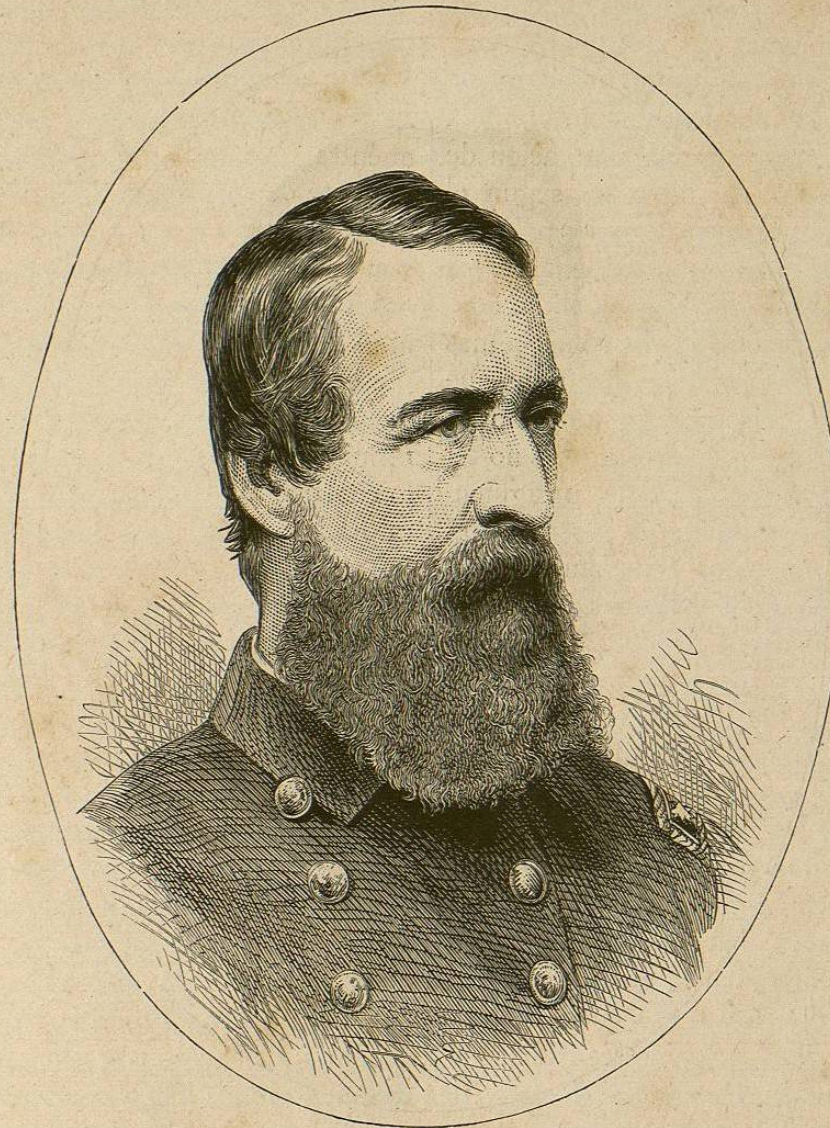
* * *

Segun lo prevenido en la Constitucion del país, el vice-presidente, Andrés Johnson, ocupó

la Presidencia inmediatamente despues de la muerte de Abraham Lincoln. Johnson era natural de Raligh (Carolina del Norte), donde había nacido en 29 de diciembre de 1808; pero siendo aún jóven había ido á establecerse en el Tennessee, y este era el Estado que representaba en el Congreso. De humilde origen, dedicóse primeramente al oficio de sastre; había recibido una educacion muy ligera y defectuosa; y aunque dotado de natural despejo y clara inteligencia, no tenia sin embargo nada de notable; mas por su industria y perseverancia, y su aficion á enterarse de los asuntos públicos,

abrióse camino en su carrera y llegó á ocupar una buena posicion pública; á costa de sus esfuerzos consiguió tomar asiento en la legislatura del Tennessee, y más tarde en el Congreso de los Estados Unidos. Habiéndosele elegido dos veces gobernador del Tennessee, desempeñó este cargo muy á satisfaccion de sus compatrio-

tas, y llegando así á tener cierta nombradía, en 1857 pudo ver la realizacion de sus deseos al ser nombrado senador en Washington. De este modo, sus conocimientos en la vida política no eran escasos, ni carecian de variedad. Así como otros muchos hombres de su condicion y carácter, parecia enorgullecerse de su origen



Porter, general del ejército de la Union

plebeyo, y léjos de ocultarle, hablaba muy á menudo sobre este particular, diciendo que debía mucho al pueblo.

Como quiera que sea, una vez en el Senado, Johnson dió pruebas de ser por varios conceptos un hombre de buen sentido y moderacion, y en cuantos discursos pronunció parecia condolerse de la condicion de la clase pobre, declarándose siempre en favor de los esclavos, y condenando los abusos de los ricos propietarios de esclavos en los Estados del Sur. No obstante, Johnson debió olvidar sus teorías y sus

discursos más tarde, pues cuando al fin llegó á ser rico, quiso á su vez tener tambien esclavos. Sus opiniones políticas no agradaban ni al Sur ni al Norte; aunque perteneciente al partido democrático, no era de los más avanzados; y por más que siempre hablase en favor del mantenimiento de la Union á toda costa, distaba mucho de ser abolicionista. Durante los primeros días de la rebelion, Lincoln había nombrado á Johnson gobernador militar del Tennessee, y en este nuevo cargo, aunque no fuese de su competencia, habíase distinguido por su vigor y re-